

Joseph Jacotot

ENSEÑANZA UNIVERSAL
LENGUA MATERNA

Prólogo
JACQUES RANCIÈRE

Jamás la especie humana cambiará de naturaleza; ella es atontada por las explicaciones, es un hecho. Pero ese hecho es tan viejo como el mundo. Un pequeño poblado, aquí y allá, se sublevará de tiempo en tiempo contra las explicaciones. Cuando, de perfeccionamiento en perfeccionamiento, estén visiblemente demasiado atontados, se formará en ese poblado una centroderecha y una centroizquierda. La verdadera derecha sostendrá a los maestros explicadores; la extrema izquierda gritará por la emancipación intelectual, pero los centros, flotando continuamente entre los extremos, mantendrán la estabilidad del equilibrio. Se cambiará el nombre de los explicadores, se hará una nueva escuela normal, se la deshacerá, y esas débiles oscilaciones animan la escena y entretienen a los mirones; ellos creen que el péndulo es libre en sus movimientos, y no ven que está atado a un punto fijo. Desde siempre han existido esas pequeñas revueltas contra las explicaciones; pero una revolución contra las explicaciones, jamás.

Joseph Jacotot

Editorial Cactus
Serie «Perenne»



Jacotot, Joseph
Enseñanza universal. Lengua Materna.
1a ed. - Buenos Aires : Cactus, 2008.
316 p. ; 20x14 cm.

Traducido por: Pablo Ires
ISBN 978-987-24075-2-0
1. Filosofía. I. Ranciere, Jacques, prolog. II. Ires, Pablo, trad. III. Título CDD 190

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère Français des Affaires Etrangères et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Titulo original en francés
«Enseignement universel. Langue maternelle.»

Autor
Joseph Jacotot

Titulo en español
«Enseñanza universal. Lengua materna»
1ra. edición en español - Buenos Aires, Junio de 2008

Traducción
Pablo Ires

Diseño de interior y tapa: dg::loop (dgloop@yahoo.com.ar)
Ilustración de tapa: Vera Ires
Impresión: MPS

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
ISBN 978-987-24075-2-0

editorialcactus@yahoo.com.ar
www.editorialcactus.com.ar

Índice

- 8 *Componendas para la presente edición*
- 11 Jacques Rancière
La lengua de la emancipación
- 23 Joseph Jacotot
ENSEÑANZA UNIVERSAL
LENGUA MATERNA
- 25 *Prólogo*
- 29 *De la lectura y de la escritura*
- 38 *Del estudio de la lengua*
- 110 *De la gramática*
- 112 *De la historia*
- 125 *De la geografía*
- 136 *De la cronología*
- 141 *De la aritmética*
- 177 *De la improvisación*
- 195 *Diferencia de los tres géneros*
- 209 *De la elocuencia del púlpito*
- 215 *Del orador de tribuna*
- 219 *Asambleas que ejercen el poder material*
- 225 *Asambleas que ejercen el poder moral*
- 229 *Asambleas que se supone que ejercen una parte del poder*
- 239 *De la elocuencia en la abogacía*
- 259 POST-SCRIPTUM

Usted tiene mucho más espíritu de lo que dice, y lo sabe bien. Veo que es perezoso, y no estoy muy seguro de vuestra modestia. La modestia, como se la entiende, es a menudo una virtud de ostentación, como muchas otras. Uno tiene una idea alta de su inteligencia, y no habla más que de su poca aptitud; uno se cree superior, y se inclina modestamente para saborear un elogio. La verdadera modestia consiste en no verse ni humillado, ni orgulloso de la posición en que Dios nos ha ubicado; en permanecer en los límites que nos ha asignado: es vanidad agotarse en esfuerzos inútiles para salir de allí; no es modestia, es demencia no sentir la dignidad del hombre, o decir que uno no comparte esta gracia con sus semejantes. Es una concesión a la pereza, y casi nunca uno piensa lo que dice. Esos seres que se pretenden desagraciados por la naturaleza no quieren más que pretextos para dispensarse de tal estudio que les desagrada, de tal ejercicio del que no poseen el gusto. ¿Quiere usted estar convencido de ello? Espere un instante, déjelos hablar; escuche hasta el final. Luego de la precaución oratoria de este modesto personaje que no posee, según él, espíritu poético, ¿oye usted qué solidez de juicio se atribuye? ¿Qué perspicacia lo distingue! Nada se le escapa: si usted la deja ir, la metamorfosis finalmente ocurre; y he aquí la modestia transformada en orgullo. Ejemplos de esto hay en todos los pueblos como en todas las ciudades. Se reconoce la superioridad de otro en un género, para hacer reconocer la suya en uno distinto, y no es difícil de ver, en la continuidad del discurso, que nuestra superioridad termina siempre por ser a nuestros ojos la superioridad superior. Se ha convenido llamar a eso modestia: yo me sometería a la convención; pero no veo allí ningún esfuerzo; me diría por lo bajo: esta modestia no es una virtud, es orgullo disfrazado. Sólo es modesto aquel que, en los principios del viejo método, se convence de su superioridad natural y nos trata como iguales; quien siente su fuerza y jamás abusa de ella; quien no se muestra tal como es, temero-

so de deslumbrar con los relámpagos de su inteligencia, o de humillarnos elevando su cabeza por encima de los enanos que lo rodean. Esta estatura gigantesca nos asustaría y él se inclina; desciende hasta nosotros: esta actitud forzada le molesta; pero la conserva sin cesar. He aquí la virtud; pues es un esfuerzo del gigante que nosotros deberíamos tener en cuenta, si existiera. Jamás he visto esa virtud; yo he visto personas interpretar esa comedia y curvarse en efecto hasta mí; pero observando mejor, se perciben los zancos: ahora bien, los zancos no son el talle, y esos gigantes de carnaval son muy pronto reconocidos. Si usted se cree *nacido* grande, eso no es mérito propio. ¿Con qué me aturde los oídos? ¿No sería loco decir a un perro: «Ves que tengo más espíritu que tú»? Si usted ha *devenido* grande por vuestro trabajo, lo comprendo; es para mí que ha trabajado tanto: usted ha querido agradarme. Y bien, me agrada, estoy contento con usted; yo le doy la obligación de enseñarme todo lo que se puede hacer cuando uno es hombre. Ese genio del que usted me habla, soy yo quien lo festejo aplaudiendo; yo lo atormento cuando quiero ¡y él se anima a insultar al único juez que puede tener sobre la Tierra!

Nosotros suponemos pues que todo hombre posee genio; suponemos incluso que todo hombre ha nacido improvisador.

Una tierna madre ha visto a su único hijo partir para la guerra; ella lo espera, llora, y su hijo no acude durante mucho tiempo a sus súplicas. Dios atiende finalmente sus plegarias. Ella vuelve a ver el objeto de su ternura. Él entra, ella experimenta un sobrecogimiento que no le permite hablar. ¿No piensa, no siente nada cuando reconoce los rasgos de lo que ama? El corazón de su hijo late sobre su corazón que palpita: esos largos abrazos, esos estrechamientos de un amor inquieto en el instante de felicidad, de un amor que parece temer una nueva separación; esos ojos en los que la alegría brilla en medio de las lágrimas; esa boca que sonrío para servir de intérprete al lenguaje equívoco de los llantos,

esos besos, esas miradas, esa actitud, esos suspiros, ese silencio mismo, ¿lo comprende usted? Y bien, esa buena madre ha dicho todo. Intenten traducir lo que acaban de ver. Se necesita ser Homero para decirlo en griego, o Virgilio para decirlo en latín, o Racine para expresarlo en francés. Pero Homero, y Virgilio, y Racine, no son más que traductores: el lenguaje arbitrario que han aprendido prueba que son sabios; pero ellos jamás reflejarán sino aproximadamente lo que el lenguaje natural les ha enseñado. La improvisación de los pensamientos y de los sentimientos es completa: Homero, Virgilio y Racine no pueden alcanzar esa perfección más que como padres. ¡Qué lejos están de ello como poetas! Todo el mundo posee el genio de la improvisación en el sentido de que todos nosotros improvisamos siempre. Sería divertido que un hombre no pueda aprender a decir el nombre de lo que piensa y de lo que siente. ¿Cómo no siente usted que Racine es bello porque me hace pensar en lo que yo he pensado, en lo que he sentido? Es la contra-traducción que yo mismo hago la verdadera causa de mi emoción: si no comprendiera como Racine la ternura materna, los versos de Josabeth no podrían conmovirme. Si Racine conociera mejor que yo el corazón de una madre, perdería su tiempo en decirme lo que ha leído allí; yo no encontraría su observación en mis recuerdos, y no sería conmovido. Ese gran poeta supone todo lo contrario: él no trabaja, no se esfuerza tanto, no borra ni una palabra, no cambia una expresión más que porque confía en que todo será comprendido por sus lectores, exactamente como él mismo lo comprende. Él cree que todos han visto lo que él ha visto, pensado lo que ha pensado, sentido lo que ha sentido, ni más ni menos. Él se esfuerza en decirlo todo; pero una lengua artificial es imperfecta: es la obra de la inteligencia humana, y yo debo penetrar en mí mismo. Es preciso que recurra a mi propio genio, al genio de todos los hombres, para adivinar lo que Racine ha querido decir, lo que él

diría como hombre, lo que dice cuando no habla, lo que no puede decir en tanto no es más que poeta.

He aquí lo que cada uno de nosotros piensa leyendo a Racine; pero esos puros disfrutes nos parecen hechos únicamente para nosotros. Es un placer privilegiado que nos reservamos para nosotros mismos, con exclusión de quien sea. «¿Usted siente eso como yo, lo dice seriamente?» Uno se admira, se cree Racine y tiene razón. La locura está en la pretensión de tener solamente uno la inteligencia de una lengua que todo el mundo puede aprender cuando quiere.

Es así como se extasía uno frente a un cuadro. Se dice: «el ojo de un pintor ve cosas que el vulgo no ve». Error ridículo. Él ha visto lo que yo no he percibido, me lo cuenta con su pincel y yo me admiro. ¿Pero cuál es entonces la causa de mi admiración? Él ha imitado la naturaleza, responderé. Pero si se insistiera: «¿Usted conoce entonces la naturaleza como él; había notado todos esos detalles?», ¿no estaría entonces obligado a confesar que admiro como un tonto, o que tengo el mismo ojo que David o Rafael? Rafael observaba como yo observo, porque él era hombre como yo; *pero él notaba que había observado*: he aquí su superioridad. Él se daba cuenta por sí mismo de todo lo que veía, e intentaba volver a trazar su recuerdo. ¿Cómo debía reír Vernet cuando escuchaba al parisino que no había visto más que las ondulaciones del Sena, decidir sobre la verdad de un cuadro que pinta la naturaleza de luto, el mar iracundo, el mar enfurecido y los reflejos de una luz espantosa, la pompa horrible y el terrible aparejo que envuelve a un barco sacudido por la tempestad! Pero un marinero testigo del naufragio del cual ha escapado, se acordaría de esas escenas de horror, y viendo todo diría por sí mismo, como Vernet: ¡Qué bello es esto! ¡Qué pobre esa lengua de la pintura! ¡Qué pocas cosas sobre esa tela en comparación a este cielo que yo improviso!

Todos nosotros improvisamos al leer, como al observar, al tantear y al escuchar. Cada uno de nuestros sentidos nos proporciona,

en un instante, una infinidad de ideas y de sentimientos que existen todos a la vez sin mezclarse, sin perjudicarse. Es sólo sobre el papel que el pensamiento y el sentimiento se extienden y se debilitan al dividirse a través de signos que se aíslan por su naturaleza, y sólo se reúnen por el pensamiento que los relaciona a la unidad. Cada arte posee sus reglas que es preciso aprender; pero esas reglas son convenciones: he aquí por qué están sujetas al cambio. La música no es la naturaleza: no es más que una imitación según hábitos variables, según los tiempos y los lugares. Lulli era admirado, por tanto era admirable, es decir que con los signos, los usos recogidos en su tiempo para la armonía y la melodía, él excitaba las pasiones de sus oyentes. Querer juzgar hoy en día el valor de sus expresiones musicales por el efecto que producirían sobre nuestros oídos, es como querer juzgar el mérito de una lengua por otra. Hagan, según los tiempos, signos completamente en uso como hacían Lulli o Mozart: llegarán igualmente a la meta.

Estas reflexiones tienen por fin mostrar que *Todo está en todo*, que por todas partes se encuentran modelos del arte, siempre que se sepa leer. Bossuet, por ejemplo, está siempre para imitar o para traducir, aún cuando trate temas que a ustedes les parecen los más alejados de aquel que los ocupa. Bossuet transportaba a su auditorio; por tanto, él tenía un talento superior; he aquí nuestra regla. Los hombres del tiempo de Luis XIV eran los hombres de hoy. He notado más de una vez el asombro de la juventud cuando yo hablaba de Bossuet, cuando leía algunas de esas páginas donde la elocuencia está, por así decirlo, oculta a nuestros ojos bajo un espeso velo, porque el tema no nos parece incluso susceptible de ser tratado elocuentemente. Conozco a mi auditorio, diría Bossuet; yo lo hacía fundirse en lágrimas; he sido más de una vez interrumpido por sollozos. Créanme, si tuviera el honor de dirigir la palabra frente a ustedes, conocería todos vuestros pensamientos más secretos; puedo sondear los repliegues de vuestro corazón; lo haría

palpitar cuando quisiera: sé también lo que es preciso decir para exaltar el ardor de una juventud ardorosa, o para tocar su alma a través de la pintura de los sentimientos honestos que la naturaleza ha grabado en ella. Tómenme por modelo. Vean el efecto que producían mis palabras. Tradúzcanme, y vuestro discurso no podrá dejar de gustar, ornado de todos los artificios oratorios que yo mismo he tomado de Cicerón, quien los había aprendido de Demóstenes. El pensamiento está siempre preparado: aprendan a improvisar la expresión.

Diferencia de los tres géneros

La improvisación italiana es un divertimento sin ningún interés, sin ninguna utilidad real. ¿Qué importa, en efecto, que uno sepa improvisar en verso sobre un tema cualquiera? ¿Para qué puede servir esto en la vida? Aquellos que tienen un gusto decidido por este ejercicio, no tienen necesidad de reglas y, cuando uno se hace un estado de ese talento, lo que la inclinación ha iniciado por azar resulta muy pronto perfeccionado por la necesidad de vivir.

Aquellos que sólo tienen un ansia pasajera, una simple curiosidad en saber cómo se aplicaría el método a esta especie de improvisación, tienen necesidad de guías y de sostenes en su empresa. En general, nuestro método no es necesario para quienes quieren intensamente y siempre, como para quienes no quieren en absoluto; en general, nuestro método, como todos los métodos del mundo, sólo es bueno para la masa que va como se la hace ir. Nosotros alentamos a nuestros alumnos: ¿qué más podía hacer el maestro de Cicerón?

Yo he dicho que era preciso saber vencerse a uno mismo. Pero nadie duda de esta verdad, y todo el mundo sabe como yo que cuando se tiene miedo no se puede improvisar. Añado que todos